

—¡Esos tiros!...

—¡Dios mío!...

—¿Comprendes?...

Eugenia terminó esta pregunta con una mirada de infinito terror.

Luego, añadió delirante:

—¡Hija mía! ¡hija mía!... yo te lo diré todo; pero no me maldigas tú también... ¡nuestro padre acaba de morir! ¡Piedad, piedad para mí!

María prorumpió en un doloroso grito, y se precipitó hácia su madre, abrazándola con desesperada ternura.

Todo, todo acababa de saberlo.

En vano, despues, trataban de consolarse y de animarse una á la otra.

El dolor y el llanto las oprimia por igual.

El Maestro, mudo espectador de tan triste escena, contemplaba á madre y á hija con los ojos arrasados.

Aquel noble artesano, que habia luchado todo el día en un doble sentido con los franceses y con las demás peripecias que presenciara, no tuvo el valor y la serenidad suficiente para salir incólume de esta última prueba.

Era demasiado terrible, demasiado patética la escena que ante él pasaba, para no enternecerse.

Siempre fué condicion de los corazones valerosos y esforzados la sensibilidad, la ternura, la generosidad.

Hija y madre continuaron abrazadas durante mucho tiempo, prorumpiendo á cada instante en desgarradores y entrecortados sollozos.

Así trascurrió cerca de una hora.

Nuestros lectores nos preguntarán con la impaciencia que es natural, y con la razon que para ello les asiste, qué habia hecho el oficial francés de la carta y testa-

mento confiados por el anciano Montenegro á su lealtad.

Pero bien pronto vamos á sacarles de esta duda ó ansiedad.

Cuando María y su madre se hallaban más entregadas á su cruel dolor, pasos precipitados y sonoros se dejaron oír en la escalera de la casa.

Luego, unos golpes muy repetidos y fuertes fueron dados á la puerta.

Eugenia y María se apartaron y miraron una á otra con cierto estupor.

Aquellos pasos y aquellos golpes las dejaron casi aterroradas.

Las desgracias, para aquellos dos desventurados seres, debían sucederse como las gotas de agua en una fuente.

Después de los sucesos de aquel día terrible, después del último golpe recibido, el abismo parecía abrirse ante sus ojos, amenazando arrastrarlas, atraerlas á su negro seno, cada vez que el motivo más leve las hacía temer la proximidad de un nuevo suceso, ó la ampliación de pormenores referentes á las catástrofes ya conocidas.

Multitud de téticos pensamientos cruzaron por la mente de Eugenia y de María.

Los criados, que habían intentado correr hacia la puerta, se detuvieron á una insinuación de Eugenia.

Esta había hecho un gesto de terror.

Temía que acaso los que en aquel momento llamaban, vendrían á traer los tristes pormenores del suceso que ya daban por consumado.

Un último destello de incertidumbre para los que son realmente desgraciados, tiene á veces tanto valor, por infundado que sea, como la esperanza misma.

Parece como que con las últimas armas de la ilusión, se pretende alejar el convencimiento del infortunio.

Eugenia, lo mismo que María, se hallaban en este caso.

Temian á la confirmacion de su desgracia, y no osaban acercarse al terrible instante.

Sin que ellas pudieran darse de ello explicacion, presentian que la llegada del que llamaba en aquel momento, debía guardar relacion con la suerte de su anciano padre.

Largo espacio de tiempo permanecieron en aquella actitud embarazosa.

Pero los golpes dados antes, volvieron á repetirse ahora con más fuerza.

Los criados preguntaron qué deberian hacer.

Eugenia, con los ojos desmesuradamente abiertos, desencajados por el terror, nada respondió.

María, haciendo un gesto, en que la negativa y la afirmacion podian distinguirse por igual, autorizó á un criado á que abriera.

Esta indicacion bastó.

El criado fué á abrir.

Algunos instantes mediaron, despues de los cuales, dos personas aparecieron en el dintel de la estancia.

Dos gritos, seguidos de una exclamacion unánime, en que prorumpieron el Maestro y los criados, acogieron, digámoslo así, la aparicion de ambos personajes.

María se abalanzó á uno de los recién llegados.

—¡Padre mio!—exclamó con indecible acento.

Era Montenegro el que, con extraordinario asombro y contento de todos, acababa de presentarse de un modo inesperado.

Un oficial francés le acompañaba.

Era el mismo que tan obstinada y noblemente se había propuesto salvarle.

Sin embargo, si lo había conseguido, no fué sino á costa de desesperados esfuerzos.

El anciano había resistido hasta el último extremo.

Pero también hasta el extremo último luchó el generoso oficial, valiéndose para salir airoso de su intento, de un recurso que le sugirió su buen corazón.

Fuerza es decir que, á haberse tratado de otro hombre que el noble oficial, la resistencia, y hasta los denuestos de Montenegro, hubieran hecho desistir á aquel de su empeño por salvarle (1).

Movido por los terribles sufrimientos de que Eugenia era presa, se había fijado con obstinacion en salvar al anciano á todo trance.

Mientras que Epifanio y su amante, abrazados estrechamente, perecian con todos sus compañeros, y entre las sombras de aquella noche aciaga, sobre un monton de cadáveres mutilados, el padre de Eugenia era llevado por la fuerza, arrastrado lejos del horrendo suplicio.

Ninguno de sus compañeros, preocupados todos como estaban con su terrible fin, se habían apercebido de este singular episodio.

Montenegro, del mismo modo que había sido apartado del grupo de las víctimas, fué conducido hasta su casa; es decir, asegurado por cuatro soldados franceses, unos ocu-

(1) Acerca de este particular, refiere el conde de Toreno en su *Historia de la Guerra y Revolucion de España*, que D. Antonio Oviedo debió la vida á un oficial francés, movido de sus ruegos é inocencia. «Atado ya en un patio del Retiro, y estando para ser arcabuceado, le soltó el oficial; y aun no había salido Oviedo del recinto, cuando oyó los tiros que terminaron la larga y honrosa agonía de sus compañeros de infortunio.»



pados en tapar su boca, para que no se oyeran sus exclamaciones y denuestos, y otros en asegurarle y reprimir sus esfuerzos por desasirse.

El generoso oficial, cumplida ya su terrible misión, despues de haber ordenado á su fuerza que hiciese fuego sobre los infelices, se dirigió en seguimiento de Montenegro.

De este modo llegaron á la calle del Prado.

Ya en la casa del anciano, y al subir las escaleras, ordenó á los soldados que dejarán libre á tan singular prisionero.

—Caballero,—dijo á este,—es inútil ya que intentéis evadiros; no pretendais comprometerme más, por haber querido restituiros á vuestra familia.

Y dichas estas palabras, tomó del brazo al anciano y le obligó á subir.

Entonces llamó á la puerta, y aun despues de las vacilaciones que ya conocemos, vinieron por fin á abrirles.

Cuando Montenegro y María permanecian estrechamente abrazados, un suceso terrible vino á sorprenderles.

Ambos se volvieron con asombro.

Eugenia se reia en aquel momento, pero de un modo tal, que heló la sangre de todos los espectadores de tan dolorosa escena.

Pero aquella risa que habia arrancado á la infeliz un acceso de alegría infinita, en que por decirlo así, se abrió su corazon, era una risa seca, histérica; descompasada.....

María y el anciano la contemplaron con terror profundo.

El rostro de la desventurada estaba lívido; su boca, pálida y entreabierta, dejaba entrever sus dientes, que chocaban repetidamente, como si el estremecimiento de una

fiebre los agitase; y sus ojos, desmesuradamente abiertos, tenían una fijeza cruel, desgarradora.

La pobre María, abandonando y hasta olvidándose por un momento del anciano, corrió presurosa en dirección á su madre.

Enlazó el cuello de esta con sus brazos, y con las frases más tiernas procuraba hacerla volver en sí.

Pero Eugenia fué desde entonces insensible á estas caricias, y á ellas respondió solamente con su risa estúpida y descompasada.

También Montenegro, olvidándolo todo en tan horrible trance, se acercó á su hija y la miró con secreto espanto.

—¡Eugenia!—gritó.

Pero Eugenia contestó á su voz con la misma risa.

Entonces uno y otro, María y el anciano, se abrazaron á ella con dolorosa emoción, y entre gritos y lágrimas procuraban hacerse comprender.

Sus voces y sus lágrimas no llegaban al corazón, ni iluminaban el entendimiento de Eugenia.

La infeliz estaba loca.

Cuando el oficial francés abandonó aquella morada de dolor, salió aterrado.

Algo había hecho en bien de la humanidad; pero había llegado también demasiado tarde.

señale los ojos; y sus ojos, descomulgadamente abiertos, tenían una fijez cruel, desgaradora. La pobre María, absorta y hasta olvidada por un momento del análisis, corrió presurosa en dirección a su madre.

— ¡Maldito el cuello de esta con sus brazos y con las manos que me han hecho! —

## CAPITULO L.

Pero después de haber estado un momento en la casa, volvió a salir y a ellas le respondió solamente con un suspiro y descomulgada.

También le respondió con un suspiro y descomulgada. — ¡Maldito el cuello de esta con sus brazos y con las manos que me han hecho! —

### El herido.

— ¡Maldito el cuello de esta con sus brazos y con las manos que me han hecho! —

— ¡Maldito el cuello de esta con sus brazos y con las manos que me han hecho! —

Eran las dos de la madrugada del día 3, cuando el Maestro salía con el corazón traspasado, de la casa de Montenegro.

Contristado y pensativo, se dirigió á la plazuela de San Ildefonso.

Llamó á la puerta de una casa situada al centro de aquel punto, y despues de algunos minutos de espera, bajaron á abrirle.

Poco despues se hallaba en una habitacion, especie de dormitorio.

En el centro de este veíase un lecho, cuyas sábanas ostentaban algunas manchas de sangre muy recientes.

Sobre él descansaba Utrera.

El Maestro entró, procurando hacer el menor ruido posible por no despertar á su amigo.

Pero este le esperaba.

Dos horas hacia que, despues de un sueño apacible, se habia despertado.

—¿Cómo ha venido Vd. tan tarde?—preguntó.

—¡Ah!—exclamó el Maestro,—parece que estamos desvelados, ¿eh?

—Sí; pero he dormido, y bien.

—¿Y cómo se encuentra Vd.?

—Desde que me extrajeron la bala, casi no siento dolor; ya ha visto Vd. que no tenia interesado hueso ni tendón...

—De lo que me alegro en extremo, amigo; nosotros hemos salido bien librados, á Dios gracias.

—¿Qué noticias me trae Vd.?

—Buenas y malas, D. Enrique; de todo hay.

—¿Y Montenegro?

—Sano y salvo; acabo de dejarle en su casa.

—¿Cómo ha salido, pues, de la Puerta del Sol?

—Es cosa larga de contar.

—¿Pues cómo?

—El señor Montenegro debia haber sido fusilado—á estas horas, como lo han sido otros.

—¿Qué dice Vd.?

—La verdad, ni más ni ménos.

—Bien fundaba yo mis temores.

—Y tanto: el señor Montenegro, que desde una casa de la Puerta del Sol se entretenia, con otros mozos tan decididos como él, en cazar franceses, ha sido despues hecho prisionero y conducido á la casa de Correos.

—¿Y cómo se ha podido salvar?

—Ahí verá Vd.; el señor Montenegro pudo haberse salvado á la hora de haber entrado en la prision: una persona, á quien le interesaba la vida del anciano, pidió su perdón á Murat.



—¿Quién es esa persona?

—¿No lo adivina Vd.?

—No... no acierto...

—Pues ha de saber Vd. que esa persona era su hija.

—¡Su hija!... ¡imposible!

—Ella misma ha sido, y por cierto que le costó no poco á la infeliz: su padre habia rechazado el perdon, y apenas anocheció, iba ya con todos sus compañeros camino del Retiro á sufrir la muerte conque muchos centenares de madrileños pagaron el corage del verdugo francés.

Y el Maestro refirió con todos sus pormenores todo lo que ya sabemos acerca de este particular.

Quando llegó á la escena que hizo á Eugenia perder la razon, se detuvo conmovido.

Utrera le preguntó:

—Y despues de salvado ya nuestro amigo, ¿qué fué de su hija?

—¡Oh!—en cuanto á esto, señor de Utrera,—respondió el Maestro,—es cosa terrible.

—Su padre tal vez...

—La pobre señora, que ya nada esperaba, no pudo resistir á la alegría de ver á su padre sano y salvo: ha pasado una cosa terrible...

—¿Qué ha pasado, pues?

—Como digo á Vd., ya no abrigábamos esperanza alguna.

—¿Y bien?...

—Quando más afligidos estaban todos, héte aquí que el señor Montenegro aparece...

—¿Y despues?—preguntó Utrera con ansiedad, presintiendo lo que el Maestro vacilaba en decirle de una vez, temeroso de afectar demasiado al herido.

El Maestro continuó:

—Ella no pudo resistir este nuevo golpe: apenas vió á su padre comenzó á reir de un modo, que aun al recordarlo ahora me hace estremecer...

—Entonces...

—Entonces todos la miramos con espanto, y así el señor de Montenegro como María corrieron á socorrerla; pero en vano.

—¡Desgraciada!—exclamó Utrera, comprendiendo al fin.

El Maestro concluyó:

—¡La infeliz señora se ha vuelto loca!

Durante algunos minutos, Utrera y el Maestro guardaron un profundo silencio.

Ambos se sentian preocupados.

Por fin Utrera dijo:

—Amigo mio, vamos á salir de aquí.

—¡Qué dice Vd.!— exclamó el Maestro, mirando al amante de María como si no hubiese comprendido bien sus palabras.

Don Enrique repitió:

—Digo, que vamos á salir de aquí.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—¡Está Vd. en su juicio!

—¿Qué extraña Vd.?

—¿Yo? pues no es nada, con la herida abierta...

—No siento dolor alguno.

—Eso consiste en que hasta ahora tiene Vd. la sangre caliente, y además no ha hecho esfuerzo alguno que pueda exacerbar la herida.

Utrera, sin hacer caso de las observaciones del artesano, añadió resueltamente:

—Vamos, ello es preciso; vá Vd. á ayudarme...

—¿A qué?

—A levantarme de aquí, y á vestirme.

—Pero... ¿sabe Vd. bien lo que dice?

—Ya conoce Vd., amigo mio, que jamás digo nada por el solo placer de hablar.

El Maestro inclinó la cabeza como resignado.

Conocía muy bien á nuestro jóven, para no comprender que su resolucion era irrevocable.

Sin embargo, llevado por su interés, replicó aun:

—Pero cuando ménos, espere Vd. á mañana.

—Imposible,—dijo Utrera.

—Pues... ¿qué es lo que urge tanto?

—En primer lugar, encuentro esta la hora más apropiada para cumplir un encargo.

—¿Cuál?... ¿Qué encargo quiere Vd. cumplir en hora tan intempestiva, y en el estado en que se halla, D. Enrique?

—El encargo del difunto capitan D. Pedro Velarde.

—Pero eso bastaría conque lo hiciese Vd. mañana...

Utrera le interrumpió:

—No, es preciso que sea inmediatamente; además, quiero ver á mi madre, y sobre aburrirme la cama, deseo evitar toda molestia á los dueños de esta casa.

El tabernero replicó aun:

—Pero... ¿cree Vd. que podrá sostenerse solo y andar por su pié?

—Vd. me ayudará,—dijo D. Enrique,—y de este modo será insignificante la molestia que yo pueda sentir: conque así, tenga la bondad de ayudarme.

—Avisaré á la gente de la casa...

—No, podemos excusarlo; déjeles Vd. dormir; la criada nos abrirá la puerta de la calle.

Poco despues Utrera; ayudado por el artesano, habia concluido de vestirse.

Con un palo en una mano y apoyado en el brazo del Maestro, llamaron á la sirviente de la casa.

Esta, al ver á Utrera en aquella disposicion, retrocedió como asombrada.

—Pero... ¿qué es lo que intenta Vd.?—preguntó.

Utrera la respondió sonriéndose:

—Ya lo vé Vd., irme de aqui; tengo que cumplir con un asunto de interés.

—Pero... cuando mis amos sepan...

—Dígales Vd. que no he querido despertar á nadie, y que tan pronto como pueda hacerlo con desembarazo, tendré el gusto de venir á significarles mi gratitud personalmente.

Y Utrera, ligeramente apoyado en su palo y en el brazo del Maestro, se dirigió de un modo resuelto á la puerta de la escalera.

La criada les abrió y acompañó hasta la puerta de la calle.

Abierta á su vez esta, nuestros dos personajes se aventuraron, entre las sombras de la noche, en su camino.

Un silencio sepulcral reinaba en todo Madrid.

No sin muchas precauciones y cuidados, Utrera y el Maestro llegaron á la calle del Arenal.

Dirigieronse á la casa de la jóven condesa del Ramal, y al llegar á la puerta hicieron sonar el pesado aldabon.

Trascurrió cerca de un minuto sin que nadie respondiese.

Nuestros dos amigos volvieron á llamar.

Pero obtuvieron la misma respuesta.

—¿Habremos hecho en valde el viaje?—preguntó el

Maestro, suspendiendo á Utrera por debajo del brazo, á fin de que no hiciese fuerza apoyándose sobre la pierna herida.

Utrera hizo con la cabeza un gesto de duda, y sin responder á los temores de su amigo, volvió á llamar, dando repetidos golpes con el aldabon.

Esta vez obtuvieron mejor éxito.

Un rumor como de pasos y voces, se oyó confusamente en el interior.

Poco despues preguntaban desde adentro:

—¿Quién llama?

—Abra Vd.,—respondió Utrera;—traemos un encargo para su señora.

Pero el que habia preguntado, objetó con cierto acento de desconfianza:

—La señora está descansando: vuelva Vd. mañana.

—¿Por qué no abre Vd.?—preguntó impaciente Utrera.

—¡No es posible!—respondió con tenacidad el de adentro,—no conozco á Vd.

Utrera se desesperaba.

No habia contado con aquella dificultad.

Por un momento estuvo tentado á retirarse.

El Maestro era de la misma opinion.

Pero una idea repentina acudió á la mente de Utrera, y acercando sus lábios á la cerradura de la puerta:

—¡Escuche Vd. lo que voy á decirle,—prorumpió bajando la voz, pero acentuando sus palabras, para darlas más interés.

—Diga Vd., que ya le escucho,—respondió la misma voz, que no habia perdido aun su tono de desconfianza, cosa que Utrera y el Maestro comprendieron muy bien desde un principio.

El amante de María dijo entonces:

—D. Pedro Velarde ha muerto.

La voz respondió:

—La señora lo sabe desde esta tarde.

—Pues yo, que he estado cerca de él al morir,—añadió Utrera,—he recibido un encargo suyo para la señora condesa. Es preciso que me abra Vd. al instante, pues temo que mañana no podré tal vez venir: estoy herido también, y solo por cumplir tan sagrado encargo, he abandonado la cama hace una hora.

Estas últimas palabras bastaron para que la rebelde puerta se abriese por fin.

## CAPITULO LI.

### El legado de sangre.

Como todos cuantos en Madrid tenían seres queridos expuestos al azar de las terribles jornadas de aquel día memorable, la condesa del Ramal sintió pasar las horas, llena de indecible angustia y sobresalto.

Desde las primeras escisiones, un presentimiento triste se apoderó de su amante corazón.

Velarde, después de la escena ocurrida la noche anterior, se había apartado de ella aquella misma mañana, fuertemente exasperado.

Carolina, que inmediatamente se había provisto de un criado más, desde los primeros tiros, desde que la sangre corrió por su misma calle, encerrada en su casa con los tres individuos de su servidumbre, esperaba con terror al desenlace del drama representado por el pueblo y sus opresores; y conocía demasiado, que por muy valeroso que el pueblo se mostrase, saldría al fin vencido en lucha tan desigual.

Velarde mismo, cuando de antemano preveía lo que habia de pasar, habia manifestado á su amante estos temores.

La lucha se generalizó, como ya sabemos, y el estampido incesante del cañon, las descargas de fusilería, y los trabucos, y los gritos, vítores y clamores de ambas partes, hicieron comprender á la condesa del Ramal, que el pueblo y los soldados de Napoleon se batian con encarnizado empeño.

El combate se prolongó.

Desde entonces, los temores de Carolina llegaron á su más alto grado.

Su presentimiento de la noche anterior cobró proporciones tales, que pálida y anonadada, su espíritu seguía, desde el fondo de su gabinete solitario, las peripecias del formidable motin.

Este cesó por último, y á él se siguieron los fusilamientos.

Cuando estos parecian tambien cesar, por lo menos en el centro de la córte, la condesa del Ramal hizo que su nuevo criado saliese á la calle con las mayores precauciones, y que adquiriese las noticias posibles.

El criado salió á ejecutar las órdenes de Carolina.

La jóven le esperaba con temor é impaciencia á la vez, pues ya hemos dicho que su presentimiento fatal no la abandonaba.

Por fin el criado volvió.

Carolina, sin darle tiempo á pronunciar la primera palabra, se adelantó á él, preguntándole por las noticias que habia adquirido.

El criado respondió ingénuamente:

—Los oficiales de artillería D. Luis Daoiz y D. Pedro



Velarde, han perecido defendiendo el Parque, y los franceses se han apoderado de él; además, en la Puerta del Sol, en la...

Carolina no escuchaba ya á su criado.

Las primeras palabras de este habian bastado para anonadarla: era el complemento de cuanto necesitaba saber.

Sus presentimientos se habian cumplido.

Sin murmurar una frase, sin exhalar una queja, sin derramar una lágrima sola, volvió al imprudente criado la espalda, cuando él se disponia á proseguir en el cumplimiento de su mensaje; y desconcertada y triste, se dirigió á su gabinete.

Allí se dejó caer desplomada sobre un sillón.

Apoyó su cabeza sobre ambas manos, cerró sus ojos, y en esta actitud pareció que su pensamiento rodaba en las tinieblas del abismo.

Largo espacio de tiempo permaneció así, sumida en aquel doloroso anonadamiento.

Herido en lo más hondo su corazón, pareció que al romperse su más delicada fibra, se habia quedado hasta sin latidos, yerto.

La seguridad de la muerte de Velarde se encarnó de tal modo en ella, que ni aun la razón la quedó para medir toda la extensión de su desgracia.

Cual si con la vida de Velarde hubiese huido de su cuerpo el alma enamorada de Carolina, la hermosa joven cayó en un profundo estupor, en un dolor mudo, muy semejante á la insensatez.

Llegó la noche, y sus criados la encontraron en aquella actitud.

Muchas veces habian querido hablarla, sacarla de tan

terrible abatimiento; pero los que conocian la causa de él le respetaron como se respeta un objeto sagrado, al cual se teme tocar y profanarle.

Pero tambien la noche habia avanzado.

Entonces llevaron luz á su habitacion.

Carolina pareció que entonces tambien se despertaba de un profundo sueño.

Lo primero que hizo fué preguntar inaquinalmente la hora que era.

Respondiéronla que las diez de la noche.

—¿Ha cesado ya todo?—preguntó de nuevo con vaguedad, y cual si no recordára con certeza su situacion ni los sucesos del dia.

Sus criados la respondieron afirmativamente.

Luego Carolina les indicó que queria estar sola.

Más tarde, la que desde entonces sustituia á Enriqueta en sus funciones, rogó á su ama que se retirára á descansar, pues ya era tarde, y además la encontraba fatigada.

Pero Carolina despidió á la solícita sirvienta, diciéndola que no pensaba acostarse, ó que en otro caso lo haria sin ayuda de nadie.

La doncella volvió á retirarse; mas visto su estado de agitacion, todos resolvieron permanecer en vela.

De este modo continuó avanzando la noche.

Así tambien llegó el momento en que Utrera y el Maestro llamaron á la puerta de la casa.

Ya hemos presenciado los inconvenientes que en un principio se opusieron á que se les abriese.

Introducidos por fin en la casa, el criado fué á llevar á su ama la noticia de que D. Enrique Utrera era portador de un encargo del capitan Velarde para ella.

Carolina, despertando como por encanto de su abati-

miento, hizo que sin dilacion fuese llevado á su presencia el mensajero de su amante.

Utrera se presentó, apoyado en el brazo del Maestro, y saludó profundamente á la condesa.

Bastó á nuestro jóven dirigir una mirada á la amante de Velarde, para comprender su situacion.

El bello semblante de la infeliz se hallaba notablemente pálido, y sus ojos rodeados de amoratados círculos.

Con una voz lánguida y desfallecida preguntó á Utrera, esforzándose por hacer asomar á sus labios una fúnebre sonrisa:

—¿Conque es verdad que ha muerto?

—¡Es verdad, desgraciadamente! — respondió Utrera.

—¿En la lucha?...

Utrera vaciló en responder á esta pregunta.

Constábale la muerte que habia cabido al artillero.

—Pero el Maestro respondió por él:

—No, señora condesa; el capitán D. Pedro Velarde, á quien habian respetado las balas, ha muerto asesinado.

—¿Cómo? ¿en dónde?—exclamó la condesa, dando una sacudida nerviosa en su asiento.

Don Enrique Utrera dijo entonces:

—Lo que este amigo dice, es la verdad: un oficial de la guardia polaca, quien parece le buscaba con empeño al penetrar los franceses en el Parque, disparó sobre nuestro valiente amigo su pistola, atravesándole el corazón por la espalda.

Carolina exhaló un gemido.

—¡Ah!—exclamó,—creo comprenderlo. ¡Ha sido víctima de la venganza de ese miserable!

Y el llanto de la jóven, contenido hasta entonces, brotó de sus ojos copiosamente.

Hondos sollozos y gemidos sofocados desgarraban su puro seno, y anudaban su garganta.

Utrera y el Maestro la contemplaron durante algunos minutos en silencio, vivamente enternecidos, y sin atreverse á interrumpir el amargo dolor de aquella hermosa jóven, que con tanta justicia lloraba una tan inmensa é irremediable pérdida.

Utrera, que habia permanecido mucho tiempo en pié, sintió que su herida le dolía.

El apoyo de su amigo el Maestro no era bastante á evitarle tantas molestias; así es que tuvo que pedir á la condesa permiso para sentarse.

—Perdone Vd., —murmuró esta, sofocando á duras penas su llanto, —y su amigo, que tambien me perdone; yo no puedo ni aun darme cuenta de lo que por mí pasa.

—Lo sé, señora, —dijo Utrera tomando asiento con gran trabajo cerca de la jóven, —y á no estar herido...

La condesa reparó entonces en los violentos esfuerzos que hacia el amante de María para no agravar sus dolores al sentarse.

—¡Ah! —exclamó la condesa, —¡está Vd. herido!

—He recibido un balazo en esta pierna, y tal vez debo mi salvacion á ese amigo.

Y señaló al Maestro.

Luego, evitando el noble jóven que continuára hablando de sí mismo:

—Señora condesa, —dijo, —mi valeroso amigo el capitán Velarde, momentos antes de comenzar la lucha en el cuartel del Parque, ha confiado á mi honor y á mi amistad una mision sagrada; y temeroso de que mañana podria oponerse alguna dificultad, he abandonado mi lecho, para

cumplir la que puedo llamar última voluntad de un héroe.

Utrera hizo una pausa.

La condesa del Ramal, suspendida de sus palabras, contemplaba al jóven con respetuosa atencion.

El Maestro, aunque la condesa le habia indicado que se sentára, permanecia en pié, con la cabeza descubierta.

El jóven mensajero prosiguió:

—Temeroso mi valiente amigo, ó más bien que temeroso (porque este sentimiento no cabia en su corazon), seguro de que al combatir contra los enemigos de la pátria, sacrificaba á esta su preciosa vida, ha tenido la bondad de hacerme depositario de una confesion... Vd. me comprenderá, condesa.

Carolina se inclinó en señal de afirmacion, y de sus ojos volvió á brotar el llanto con abundancia.

Utrera continuó:

—Además exigió de mí, que si yo le sobrevivía, y sucumbia en la lucha, entregase á Vd. un recuerdo... recuerdo lúgubre y doloroso; pero que Vd., condesa, estimará en todo su inmenso valor.

Y al decir esto, Utrera llevó la mano á su pecho.

Sacó de él un objeto, é incorporándose lo entregó, despues de acercárselo á sus lábios, á Carolina.

Esta se apoderó de él precipitadamente.

Apenas le reconoció, empezó á besarle con apasionado delirio.

Era el pañuelo que Utrera, por encargo de Velarde, habia mandado empapar al Maestro en la sangre del héroe.

El jóven repitió á la condesa las mismas palabras que nuestros lectores recordarán pronunció el artillero, al confiar tan triste mision á su amigo.

—¡Su sangre! ¡su sangre! ¡Dios mio!—habia exclamado

la condesa, besando, entre lágrimas y gemidos crueles, la sangre aun fresca de su noble amante.

Y sin que se apercibiese de que con los ojos humedecidos por el enternecimiento, se estaban contemplando Utrera y el Maestro, repitió mil veces sus exclamaciones y sus apasionados besos sobre aquella triste prenda, sobre el último recuerdo del sér á quien tanto habia querido.

Cuando D. Enrique Utrera y el artesano salieron de aquella casa, la condesa dijo, estrechando con efusion las manos de entrambos:

—Despues de esta desgracia, de que solamente me consolará en el mundo cierta esperanza, debo declarar á ustedes que el bien que acaban de dispensarme tiene tan alto precio, que mi razon se perderia buscando inútilmente todos los afectos de gratitud para intentar pagarlo...

—¡Hemos cumplido un deber sagrado!—dijo Utrera.

—Es verdad,—continuó la cóndesa;—pero tambien acaban de ser Vds. portadores de la única felicidad que ya me queda: pues bien, otro favor, pero el último, tengo que pedirles...

Utrera se inclinó respetuosamente, reprimiendo á duras penas la honda sensacion de que estaba poseido.

La condesa del Ramal añadió:

—Me servirá de gran consuelo, amigos míos, el que ustedes vengan alguna vez á participar de mi tristeza, visitando esta casa, en donde desde hoy habitará para siempre el luto de una mujer desventurada.

Al salir Utrera y el Maestro, los primeros albores comenzaban á destacarse sobre un cielo sereno y trasparente.

Nuestros dos personajes se contemplaron uno á otro.

Ambos tenian los ojos arrasados.

—Por Cristo,—exclamó el Maestro enjugando sus lá-

grimas,—no parece sino que hoy se han propuesto hacerme llorar estas mujeres... Seguramente hubiera preferido dejar la piel en el Parque: por lo ménos, no me vería convertido ahora en un mándria, por más que tampoco alcanzara la gloria de dejar en el mundo gentes que me lloraran tanto... ¡A la verdad, señor D. Enrique, ya casi voy creyendo que de este modo, debe ser una felicidad el morirsel!

Y continuó restregando sus ojos con ingénua impaciencia, y como si se revelase contra las tenaces lágrimas que le hacia verter su excelente corazón.

Utrera, sonriéndose tristemente, porque comprendia el valor de aquellas palabras, volvió á tomar el brazo del anciano, y ya se disponian á tomar la direccion de la Puerta del Sol, cuando un lejano rumor les obligó á detenerse. Aquel rumor venia de la montaña del Principe Pio.

## CAPITULO LII.

### El conde de M...

Nuestros dos personajes se quedaron como petrificados.

Lo que acababan de oír no era para ménos.

El duque de Berg llevaba á cabo en aquel momento su última venganza contra el pueblo de Madrid.

Las doradas tintas de la aurora se habian levantado sobre el horizonte, para iluminar una nueva escena.

El teatro era la hoy llamada montaña del Príncipe Pio.

Más de cincuenta prisioneros habian sido conducidos allí por una escolta de tropas francesas.

Contra la cerca ó muro de aquel sitio fueron colocados.

Inmediatamente, y sin que los verdugos se hubiesen cuidado de concederles los auxilios espirituales, el cañon y la fusilería, simultáneamente, redugeron á mutilados cadáveres aquel monton de nuevas víctimas.

Estos desgraciados habian estado aquella terrible no-